

Brisa y vendaval en el mundo árabe

La brisa en el duro desierto siempre es una bendición; el vendaval en el mismo medio, una maldición. Los aires de libertad que desde el comienzo del año están viviendo el Magreb, el norte de África, y el Mashreg, el Oriente Medios, ¿son brisa o vendaval? Está por ver. Túnez y su revolución de los jazmines han sido el comienzo de una era nueva en el mundo árabe, desconocemos cuál será su final. En este editorial ofrecemos un puñado de claves para entender y hacer nuestra la brisa y el vendaval que soplan en el mundo árabe.

El año 2011 empieza bajo el signo del cambio en los países arabo-islámicos. No se trata del cambio en la continuidad, consustancial a toda sociedad, sino de una verdadera ruptura, de un **cambio revolucionario**, cuando el proceso revolucionario termine con matices peculiares en cada país, pero con un objetivo común: dar la voz al pueblo y desalojar del poder a dictaduras de larga duración que, además, en muchos casos están bajo acusaciones graves de arbitrariedad, violación de derechos humanos y cleptocracia.

Tras el triunfo de la **revolución de los jazmines** en Túnez, prácticamente ningún país árabe islámico se libra de los vientos de cambio: en la mayoría, el cambio sopla como una brisa saludable y la

inevitable violencia, excepto en el vendaval libio, ha sido relativamente menor. La gran preocupación es si, cuando el proceso revolucionario termine, reinará en la zona la brisa democrática o el vendaval islamista.

Los tunecinos bautizaron la suya como «revolución de los jazmines», que evoca la *revolución de los claveles* que terminó pacíficamente con la dictadura salazarista en Portugal (1974), y la *revolución de las rosas*, que hizo dimitir a Shevardnadze en Georgia (2003). Las revoluciones de la era de la globalización no pueden ser como la francesa de 1789 ni como la cubana de 1959, en las que los revolucionarios ejercieron extremada violencia, se erigieron en justicieros y verdugos del monarca absoluto o del dictador. *Revolución de los jazmines* (2011) denota y connota el cambio tranquilo, civilizado, sin ajuste de cuentas. Por otra parte, en un país musulmán resulta de gran fuerza simbólica que la revolución se llame «de los jazmines», y no de los claveles o las rosas, porque la palabra *yasmin*, tomada del persa por el árabe, significa «regalo de Dios». Y así presentaron los medios mas islamizados la revolución, como una dádiva divina. Está claro que, en este caso, la fuerza revolucionaria de las palabras es mayor que la de los hechos.

Túnez, la primera ficha del dominó

La revolución tunecina, primera en el tiempo, se ha convertido en paradigma para todas las demás. Todo empezó el 16 de diciembre de 2010 en la ciudad tunecina de Sidi Bouzid, cuando la policía confiscó por carecer de licencia su puesto de venta callejera de frutas y verduras a un joven informático, **Mohamed Bouazaiz**, que, ante la imposibilidad de encontrar otro trabajo, trampeaba sus días mediante la venta callejera ilegal. A sus 26 años, Mohamed no resistió más: al día siguiente se plantó ante el ayuntamiento, se roció de gasolina y se prendió fuego a lo bonzo. Los transeúntes, muy numerosos a aquella hora, lograron rescatarlo vivo de la pira, pero falleció en el hospital el 6 de enero de 2011.

La auto inmolación del joven tunecino fue el detonador de una bomba de relojería instalada en la sociedad y que sólo necesitaba ser activada mediante un acto simbólico de protesta extrema, como el realizado por Bouazaiz. De golpe, estalló el malestar social y político incubado durante largos años, las calles se llenaron de manifestantes, los mismos que hasta entonces reclamaban más justicia social, ahora pedían ya un

Brisa y vendaval en el mundo árabe

urgente cambio político. El dictador Ben Alí ordenó reprimir las protestas, pero ello, en vez de amilanar a los ciudadanos, los enardeció. Las manifestaciones se extendieron por todo el país. La muerte del joven ingeniero incrementó exponencialmente las protestas, y los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad se multiplicaron en pueblos y ciudades. La rapidez con que se propagó la revuelta se explica por el malestar generalizado existente en Túnez, desde hace años, debido a la carestía de los alimentos y a la elevadísima tasa de desempleo (20% de media, 30% entre los jóvenes). La chispa fue la auto inmolación de un parado, pero la gasolina ya estaba esparcida por todo el país.

Movilizados mediante SMS, estudiantes y comerciantes, a los que luego se unieron obreros y parados, se manifestaban pidiendo ruidosamente la dimisión del presidente, a cuya familia y allegados se acusaba de graves delitos de corrupción. Tras intentar mantenerse en el poder, primero por la fuerza, luego mediante la promesa de no volver a presentarse a las elecciones, el dictador Alí abandonó el poder el día 13 de enero y tomó un avión hacia Arabia Saudita. El primer ministro de Alí, **Mohamed Ghannouchi**, tecnócrata al que la opinión pública eximía de responsabilidades directas en la represión, se hizo cargo provisionalmente poder, pero el pueblo tunecino continuó con sus revueltas y Ghannouchi se vio obligado a dimitir (27 de febrero). Las elecciones para la nueva asamblea constituyente, prometidas para dentro de dos meses, se celebrarán ya sin la más ligera sombra de los demonios del pasado. Los pasos ya dados en Túnez se han convertido en la hoja de ruta a seguir en otros países del área...

Del Magreb al Mashreq y más allá

En el siglo VII, durante la primera expansión del Islam a partir de Arabia, se empezó a distinguir entre el *Mashreq* (países «por donde sale el sol» en árabe) y *Magreb* («países por donde el sol se pone»). El de la ciudad de la Meca es, a estos efectos, el meridiano de referencia. Las mezquitas que se construyeran en el Mashreq, debían orientar al Oeste el muro de la *quibla*; las que se construyeran en el Magreb deben orientar su *quibla* al Este. En el siglo XIX, este concepto elaborado con fines religiosos en el siglo VII, adquiere una significación nueva, más útil para las potencias colonizadoras: el término *Magreb* se reserva para designar los países occidentales del norte de África (Marruecos, Mauritania, Argelia, Túnez); el término *Mashreq* designa el resto de países árabo

musulmanes al este de Libia. Libia puede quedar incluida tanto en el Mashreq como en el Magreb. El contagio de la revolución de los jazmines, con nombre de flor o sin él, se ha extendido por todo el Norte africano, ha desbordado incluso las fronteras de África del Norte y está llegando a varios países musulmanes de Asia (Jordania, Siria, Bahrein...), incluso a países no árabes, como la *República Islámica de Irán*, donde las demandas de libertad son duramente reprimidas: consolidado el triunfo revolucionario en Túnez, Egipto y Libia, el proceso está en gestación en Marruecos, Yemen y Argelia, y existen preindicios de cambio en Sudán, ahora demasiado preocupado por consolidar la independencia del sur, en Nigeria y en varias islas de Indonesia.

Claves de interpretación

No hay una clave simplificada que explique la amplitud y aceleración del viento revolucionario en el mundo islámico. Tampoco lo explicará cabalmente una suma inarticulada de claves. No obstante, la ponderada consideración de varias magnitudes nos proporcionará una interpretación próxima a la realidad. Los datos del momento no adquieren plena significación si no se analizan algunas variables estructurales, principalmente las siguientes:

I. La ruptura generacional.—Sorprende en la zona la asimetría de edades entre la mayoría de la población y los dirigentes. La edad media de los países afectados no llega a los 25 años, no pasando de 18 en Yemen y en los territorios de la Autoridad Palestina. Por el contrario, los dirigentes, en general, han envejecido en el poder: Mubarak ha cumplido 81 años y ha gobernado Egipto desde 1979; Ben Ali tiene 74 años y ha presidido Túnez desde 1987; Gadafi tiene 69 años y gobernó Libia desde 1969. Es imposible una conexión generacional sin estridencias entre presidentes o monarcas absolutos (el rey de Arabia tiene 86 años) y una población distanciada generacionalmente de ellos por cincuenta y más años. Pero la fractura de mentalidad y de dominio de las nuevas tecnologías es mucho mayor que la fosa cronológica: las nuevas generaciones están familiarizadas con Internet, las redes sociales, los SMS, en gran medida ajenas a los viejos mandatarios. Son las nuevas TIC (Tecnologías de Información y Comunicación) las que ha ganado la batalla al otorgar a los revolucionarios las decisivas ventajas de coordinar en tiempo récord las masivas concentraciones, cambiar los escenarios, transmitir consignas.

2. La emigración a Europa.—Hay más de 60 millones de musulmanes en Europa, la mayoría procedentes del norte de África y Turquía. Una segunda y tercera generación de inmigrantes de origen árabe islámicos están instalados, muchos de ellos integrados, en el viejo continente. Las costumbres europeas, los usos políticos, los derechos y libertades europeos se transfieren, con la misma facilidad que el dinero enviado, al entorno familiar primero y a toda la sociedad norteafricana después. La ósmosis social hace el resto del camino: espontáneamente surge la aspiración a copiar los modelos menos malos, como es el modelo democrático. De ahí a abrir un proceso de cambio revolucionario sólo media un paso.

3. El malestar social.—La falta de horizontes, tanto laborales como culturales y políticos, ha generado en todo el norte de África un clima de frustración colectiva que afecta a grandes capas de población. En el conjunto de los países afectados, el paro supera el 28% de media, llegando en Palestina al 40% y en Yemen al 50%. Egipto, junto con Libia, Arabia y los emiratos, tienen tasas de paro inferiores al 10%. La zona no se ha redimido de la lacra del analfabetismo que alcanza una media del 27% y en algún país supera el 40%. La falta de cultura y de horizontes crea un profundo malestar subterráneo que aguanta, protegido por la fuerte cohesión familiar, hasta que un catalizador lo transforma en flujo revolucionario.

4. La decepcionante historia política de la zona.—Se dice con demasiada frivolidad que el Islam no ha tenido Ilustración, una verdadera iluminación racional de sus presupuestos científicos y de organización social. Se admite, en consecuencia, que sus regímenes políticos deben ser los que corresponden a una sociedad pre-ilustrada, es decir, gobiernos absolutos y sin suficiente control parlamentario, tanto si se trata de monarquías hereditarias como si se trata de repúblicas en las que periódicamente se elige a un presidente que normalmente es reelegido de por vida, hasta el punto de que la prensa francesa, la que mejor conoce el mundo del Islam en los bordes del Mediterráneo, a estos presidentes «vitalicios» los denomina *emires republicanos*. Es la expresión política de lo que Max Weber llamaba «rutinización del carisma». Llega un momento en que las sociedades se hartan de su propio inmovilismo al comprobar que las elecciones, habitualmente manipuladas, no sirven para la alternancia, sino para la perpetuación en el poder. Es éste otro caldo revolucionario que está exiliado en el subconsciente colectivo hasta que los ciudadanos, por un gesto simbólico fuerte como el de Bouazaiz,

transforman su resignación en rabia, regresan de su exilio interior y deciden producir ellos directamente lo que son incapaces de producir las urnas.

5. La razón árabe.—Si no somos capaces de observar estos procesos desde el punto de vista del musulmán y árabe, nos resultará imposible comprender suficientemente lo que se hace y lo que se alcanza. El filósofo marroquí **Al Yabri**, uno de los más lúcidos representantes de la muy minoritaria, pero existente, Ilustración árabe, en su libro *Crítica de la razón árabe* advierte contra el riesgo de esperar más de lo posible tanto en métodos como en resultados: no se puede exigir a los árabes y musulmanes que, de la noche a la mañana, se conviertan en fervorosos adeptos de la democracia liberal, cuando hasta anteaer, estuvieron luchando contra ella, a la que se presentaba indisolublemente asociada al dominación europea ejercida en la zona. El mismo Al Yabri coincide con otros autores en que, probablemente, dentro del Islam se están produciendo procesos más lentos, pero de mayor trascendencia que las actuales revoluciones blancas. Es lo que ellos llaman **revoluciones por líneas**, entre las que destacan el proceso, lento pero imparable, de liberación de la mujer y el proceso no menos imparable de autonomía de pensamiento de los intelectuales que, cada vez en mayor número, se declaran libres de la tutela religiosa.

6. La hipocresía de las grandes potencias.—En el *Foreign Office* (Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido) hay un lema que ningún diplomático discute: *Este ministerio está encargado de defender los intereses de Inglaterra, si es posible con justicia*. Este lema expresa lo que otros gobiernos del primer mundo disimulan pero practican con el mismo celo que los ingleses. Las grandes potencias, y las pequeñas cuando pueden, buscan la defensa de sus intereses, con quebranto de la justicia si es preciso.

Durante muchos lustros las potencias occidentales han blandido, no sin motivos, la amenaza del terrorismo islamista. Después del 11-S esta amenaza ha sido la obsesión primera de Occidente. Para controlar el radicalismo islamista, se ha pensado que los mejores aliados eran las monarquías y los «emires republicanos» fuertes, dictatoriales si se terciaba, vinculados económicamente con Occidente y protegidos militarmente por Occidente. El mismo Mubarak aludía a este pacto de hierro con Estados Unidos cuando alardeaba de mantener a raya a los Hermanos musulmanes y advertía poco antes de ser derrocado:

«o yo o el caos». EE.UU no sólo dejó caer a Mubarak cuando se convenció de que su caída era inevitable y previo informe de los servicios secretos que le aseguraba que las nuevas autoridades respetarían todos los tratados internacionales, entre ellos los acuerdos de paz con Israel. Es decir, Occidente apoya cualquier gobierno, democrático o dictatorial, que proteja sus intereses geoestratégicos en la zona. Cuando un gobernante deja de ser útil a sus intereses, sus otrora protectores lo dejan caer.

7. La excepción Libia.—La revolución en Libia se parece poco en estilo y métodos a las de los otros países. Libia no tiene presión demográfica, sino justamente lo contrario: para una extensión dos veces y media superior a la de España, sólo tiene unos seis millones de habitantes. No sufre emigración significativa, para bien y para mal, ni tiene un paro elevado, ni graves problemas de pobreza. Sí actúa el malestar cultural y político. La figura singular de **Gadafi** ha convertido también en peculiar la revolución Libia. Gadafi rehúsa ser definido como jefe de Estado ni como general en jefe de los ejércitos (nunca aceptó ascender del grado de coronel, que tenía cuando accedió al poder). Prefiere el título de *guía de la revolución*, tratando de desarmar a cualquier otro movimiento que se llame revolución. El mensaje, oculto, pero de extraordinaria transparencia, es éste: «La revolución Libia ya está hecha, se está haciendo, la estoy haciendo yo».

Gadafi y su corte de aduladores han convertido su **Libro verde** en el catecismo político de los libios, hasta el punto de erigir monumentos al libro en muchas ciudades. Precisamente el derribo de estos «altares» al Libro verde se convirtió en el símbolo de la revolución que quiere acabar con el culto a la personalidad que, como verdadera idolatría, ha cultivado Gadafi y ha amplificado hasta el ridículo toda su corte de acólitos y arribistas. En este contexto de endiosamiento del líder libio, a nadie puede extrañar la resistencia numantina a abandonar el país ni la guerra civil, el elevado número de muertos causado. Aunque en su caída todos se apunten al carro del vencedor, no se puede borrar de la historia el beneplácito con que ha venido saludando a Gadafi una parte notable de la izquierda europea, seducida por el discurso antinorteamericano y tercermundista de líder libio y por su *tercera vía* entre el comunismo y el capitalismo, que sacraliza un **socialismo islámico** del que Gadafi es el sumo sacerdote y su Libro verde el misal. Tampoco ha habido gobierno, ni de izquierda ni de derecha, que haya hecho ascos a los pingües negocios con él, incluida la venta de armas.

El gran interrogante

En principio no hay en todas estas revoluciones arabo islámicas ningún dato que haga temer el triunfo del radicalismo, sino todo lo contrario. Ni los **Hermanos musulmanes** en Egipto o Siria, ni **Al Qaeda del Magreb Islámico** (AQMI) parecen estar en condiciones de tomar el poder a corto plazo. El control de ambos movimientos islamistas puede incluso ser más eficaz después que antes.

Pero no cabe pensar que los islamistas radicales van a retirarse fácilmente del escenario. El éxito o fracaso de los movimientos de protesta, por ahora abortados, en Irán y Pakistán serán decisivos. Si el islamismo sale reforzado en estos dos grandes países musulmanes no árabes, es esperable que se proyecte hacia su Magreb (todo Occidente con nuevas cargas de violencia y riesgo de dictaduras islamistas en la zona. No es prudente minimizar este riesgo. Es deseable que en todos los países donde han triunfado las revoluciones blancas encuentren cuanto antes gobiernos estables democráticos, para conjurar el peligro de que la inestabilidad política y social sea aprovechada por los más radicales para una involución que podría retrotraer el Norte de África a una situación peor que la anterior. Tenemos derecho a exigir a la ONU y a la UE, que sean capaces de prevenir los terremotos sociales y políticos y no se limiten a mitigar sus nocivos efectos, como son los masivos flujos de refugiados, huidos y apátridas que ya se han producido en estas revoluciones y que podrían multiplicarse si el fundamentalismo radical ocupara los espacios teóricamente liberados. ■